

Ernesto Montenegro

Destierro y muerte de Francisco Contreras y Leonardo Pena



uando veo que hombres cultos y de talento como Ignacio Pérez Kallens y Francisco Contreras, mueren en la pobreza y olvidados por sus compatriotas, después de más de veinte años de vegetar en tierra extraña, creo más que nunca que la literatura y el arte de América no son todavía manifestaciones espontáneas de la vida americana, sino transplantes hechos antes de la estación propicia, que se malogran con las heladas tardías de nuestro ambiente criollo. Los artistas exquisitos que ha producido como por accidente nuestra América, fueron niños precoces, cuyos padres espirituales estaban en Europa; y la tragedia de los Rubén Darío, los Asunción Silva, los Herrera Reissig, comienza cuando empiezan a sentir la dualidad de su temperamento: la fibra, las células de su organismo son americanas y quieren sentir los anchos espacios, el pleno sol; pero el espíritu es un amasijo de ideas del Viejo Mundo y los lleva a desterrarse, ya sea aislándose entre murallas de libros o

yendo a habitar pringosos cuartos de hotel con vistas al Sena.

No hay más que pensar que Europa adquirió una literatura articulada sólo después de unos mil años de formación social, y que lo primero que produjo no fué exactamente Proust ni James Joyce, sino la *Chanson* de Roland, las Sagas nórdicas, el *Woevwulf*, los romances cósmicos de que más tarde se formó el *Kalewala* finlandés y otras manifestaciones habladas y cantadas de la vida caballeresca o popular, expresión fiel de las ocupaciones y preocupaciones de la época. Siguiendo esa ley natural, América debía estar enteramente afanada todavía en abrir caminos hacia el corazón selvático del continente, limpiando los llanos de troncos milenarios, enseñando higiene práctica, amor al trabajo, a la puntualidad y al orden. Por algo un escritor realmente representativo de América y de su época, Sarmiento, compuso un Silabario.

América, en la edad del crecimiento que es la edad del sentir sordo e intenso, se mete a pensar pensamientos extraños, y a igual de lo que ocurre en las familias de humilde origen que junto con adquirir una fortuna, dan a los hijos una carrera o una posición que los lleva en seguida a avergonzarse de los viejos, nuestros criollos refinados vuelven la espalda a la tierra cuando creen que pueden hacerlo y, si te he visto, no me acuerdo.

Error, lamentable error. Muchos de esos desterrados, de esos desarraigados, tienen sangre de diversas

razas europeas, y entonces el conflicto es de aquellos que se enconan con los años. Europa les devuelve el equilibrio mental, hasta cierto punto; pero como el hombre vive de algo más que eso, entonces comienzan a sentir el vacío de América, que es vida desahogada, derrochadora de la materialidad, fácil y campechana en comparación con la europea.

* * *

Pienso estas cosas al evocar el recuerdo de Francisco Contreras, que comenzó a escribir sus versos en Santiago, apenas llegado de la provincia sureña y que, alojado en cuerpo magro y de escasa vitalidad sanguínea y pasional, se dejó influenciar totalmente por la literatura, que es vida de segunda mano, y particularmente por la literatura francesa, que es vida quintaesenciada. De aquí resultó pronto el divorcio del literato y su medio. Si no en el caso particular de Contreras que era hombre fisiológicamente apocado, otros se alzan de ahí a la soberbia. Se creen superiores a su tierra nativa, cuando en realidad sólo son extraños a ella. Dudo que haya muchos casos en que el individuo supere al conjunto; siempre la tierra, el alma colectiva, es más fuerte y se impone por una especie de razón superior al razonamiento, por el imperativo de la Vida.

El escritor se desprende entonces de su rama, no en fruto, sino en flor. Contreras emigró a Europa, se acercó en París. Absurda, trágica, y sin embargo, expli-

cable emigración. Rehacer el camino de algunos de nuestros antepasados, andándolo al revés, desandándolo, mejor dicho, para caer no como ellos en un mundo por poblar y cultivar, sino en un semillero de hombres que se empujan con los codos y cuentan por centavos: ¡infortunada inmigración! Contreras se instaló en París en un piso modesto, al amparo de la rentita que le mandaban sus pequeñas propiedades rurales y urbanas de Chile; se rodeó principalmente de libros, compuso entrevistas con algunos de los renombres literarios de la época, mantuvo relaciones profesionales con otros emigrados, como Rubén Darío, colaboró en revistas y diarios de Santiago y La Habana, e hizo meticulosamente, parsimoniosamente el peregrinaje de los museos y parajes monumentales de Europa: Italia, España, las tierras flamencas.

Contreras se había casado con la hermana del secretario de redacción del *Mercure de France*, y hacía para este gran cuaderno erudito y novedoso, una crónica mensual sobre letras hispanoamericanas. Allí pasó en revista la producción de los más conocidos escritores de nuestro mundo, interpretándola con precisión y generosidad, raramente con profundidad. Contreras era la cortesía misma, mantenía una profusa correspondencia. Como muchos hombres de menuda estatura y como las mujeres con cierta personalidad, tenía una letra grande, holgada, que se dilatava con ufanía sobre el papel bien cuidado. No fallaba jamás un acuse de recibo o un periódico, y sus propios libros llegaban pun-

tualmente a manos de sus relaciones literarias repartidas del trópico a los climas australes.

• • •

Estos libros de Contreras son de tres géneros. Primero los versos. Es una poesía de tono menor, como a la sordina, con algunas escapadas galantes en la cuerda afrancesada de Darío, y algunas estrofas sentidas: «Luna de la patria», por ejemplo, en que hay versos tallados en carne viva. En la colección de poetas americanos publicados por Garnier en París, hay una bonita novela poemática de Contreras.

Luego viene la obra crítica con su estudio sobre Rubén Darío y una serie de retratos literarios de americanos, en que se revela demasiada preocupación bibliográfica. Para que haya un gran crítico, se me ocurre que debe haber un temperamento fuerte, o más propiamente el choque de dos temperamentos muy vigorosos o muy agudos, como el de eslabón y pedernal. Sin esas condiciones, la crítica es algo pasivo e incoloro, mera glosa que ni alumbra el mecanismo interno de una obra ni menos advierte el mal camino a un autor.

Por último queda la obra creativa de Francisco Contreras, de la cual aparecieron dos o tres volúmenes en una serie intitulada *El País Maravilloso*. *La Montaña Maravillosa*, etc., publicados en francés y luego en español. Es el desquite de la tierra. Son interpretaciones folk-lóricas de lo chileno, tradiciones,

leyendas, cuadros de ambiente campesino y poblano de suave colorido y de algún relieve a retazos. Por lo demás, nada que evoque la vida primitiva de América en sus aspectos bárbaros, exuberantes, sanguinarios, como podría imaginarla un francés romántico y como la han visto ciertos americanos.

Nada sabemos de su obra inédita, que debe ser abundante; vista la laboriosidad metódica de Contreras, su vida retirada, su misma parvedad de actividades físicas. Recogido en su departamento de la Rue Le Verrier, número 23, quinto piso, lo encontré una tarde de la primavera de 1929, cubiertas las piernas por una manta, enfundado en su chaqueta de trabajo; compulsando papeles. La vieja calle de edificios grises quedaba atrasmano de la revuelta encrucijada del bulevar Raspail con el de Montparnasse, y por supuesto que hasta allí no llegaba ni un suspiro de la vida galante del barrio estudiantil y rastacuero. La escalera subía y subía revolviéndose en torno a un pozo de luz turbia, melancólica de primavera parisiense, y yo me sentía como el apir que al ir subiendo los tramos labrados del pique de mina, no cree salir jamás al respiro del aire libre. Una amable tarjeta del compatriota me había convidado a que fuéramos juntos a un salón literario esa misma noche.

La Mansión de Mme. X quedaba al otro extremo de París, en la zona Europa del Metropolitano. Contreras fué a endosarse el smoking, se atusó una última vez los erguidos bigotes de mosquetero contra la cara

demacrada, y salimos. En la estación, me pagó con una mirada de reproche el que yo me anticipara a tomar boletos de primera; lo que significaba un derroche de un franco sesenta para cuatro personas. Su alusión me dejó pensativo, con una amarga tristeza en el fondo. Años de permanencia en el extranjero me habían dado la experiencia suficiente para adivinar las estrecheces y zozobras que hay detrás de esos hábitos de parsimonia. He aquí, me decía yo, que un hombre afinado a todas las cosas buenas y bellas de la civilización, debe avenirse a viajar en segunda a través de su vida. En todas partes del mundo los mejores asientos siguen reservados para el hombre de presa y para los parásitos que, como los bichos larvados, encuentran que su progenitor les dejó un nido en que el alimento se halla desde el primer instante al alcance de sus mandíbulas.

• • •

El salón de Mme. X., una judía todavía hermosa bajo sus alhajas, estaba invadido por un verdadero muestrario social. Calvas marfileñas, muchachos de la voz intermedia, todavía en dos temples, uno agudo de la niñez que se va, y el ronco de la adolescencia que se abalanza cargada de nicotina; un señor de frac, llevado con la soltura de un viejo diplomático; jovencitas de chomba y con pulseras cobrizas de gitana, aquello revelaba de una ojeada que un salón literario en Francia es como una iglesia en cualquiera parte; el lugar de cita

para todos los que comulgan o creen comulgar en la misma fe; un corte vertical de la sociedad contemporánea.

Una señora madura y sentimental leyó unas páginas recién descubiertas de un genio medio ignorado hasta después de muerto, y una muchacha del pelo revuelto, dijo unas cosas tan crudas y de ritmo tan disonante, que hasta el pulcro señor de la vejez dignamente llevada y del frac comodón, encogió las piernas y se tapó la boca con ambas manos. A todo esto hacía mucho calor allí adentro. Algunos salían y se sentaban en un rellano de la escalera. Los refrescos no alcanzaban a llegar al fondo de las salas, y como los ríos del desierto, desaparecían sorbidos por las bocas atascadas con la arena áspera y fofa de la sed.

Volvimos al Metropolitano y a casa después de andar cuadras interminables y solitarias, siempre a pie, por ese barrio de «Europa» que es un pedazo de París con aspecto de extraviado en provincia. Saludamos silenciosamente al monumento de los Tres Mosqueteros que montan guardia junto al busto de Dumás padre, y volvimos a rodar, esta vez en segunda, bajo el corazón de París, bajo el Sena y a lo largo de la cuesta de Montparnasse. Y yo cavilaba en cuánto más estimulante no habría sido para mí pasar la noche con unos arrieros de los Andes, con unos ovejeros de Magallanes o unos mineros de Copiapó, en vez de haberme quedado oyendo confesiones de viejas ingenuas y de muchachas corridas en un salón cosmopolita de París.

Otro tanto me ocurrió una tarde que fuimos con Contreras al Café Napolitain, a conocer a algunas viejas celebridades de la literatura de la Rive Gauche. Desde entonces guardo la convicción de que, a menos de poder llegar al alma de un escritor a través de una activa intimidad, vale mucho más reservarse para leer sus libros, sin conocerles siquiera por retrato.

Pero del propio Francisco Contreras no me queda otra cosa que un recuerdo agradecido, por su acogida cortés y servicial, el interés afectuoso con que miraba todas las manifestaciones de la literatura. Pero su espíritu era más bien el de un coleccionista que el de un crítico de la obra literaria y de la naturaleza de un escritor.

• • •

En cuanto a Ignacio Pérez Kallens, la literatura también había superpuesto en él una personalidad ficticia sobre su naturaleza real. Este desdoblamiento había exigido un segundo bautizo del hombre, y de ahí el Leonardo Pena, que concluyó por hacer olvidar el nombre civil. Los que habían creído introducirse hasta su intimidad a través de su «Yo» o de los libros publicados en Chile, se llevaban un chasco de lo más agradable al enfrentarse con la personalidad cotidiana y doméstica que salía a recibirnos con un abrazo a la puerta de su departamento, en un decoroso entresuelo de la Rue Albert de Lapparent, del apacible barrio de Passy, vecino al Sena y a los Inválidos.

Allí encontrábamos a otros chilenos, a otros compatriotas de América, y encontrábamos especialmente la cordialidad tan llana, efusiva, hasta fraternal, de Ignacio Pérez Kallens, disimulada tras los arrestos d'anunzianos, tras la prosopopeya olímpica de un Zaratrustra que afecta mirar a los demás humanos como gusanillos de la tierra . . . y que ahora servía él mismo los platos y acercaba el pan y la sal de la hospitalidad más tierna.

A menos de convenir en una explicación del fenómeno americano tal como he tratado de presentarlo, o en algo semejante, no alcanzaremos a comprender que llegara a malograrse un hombre que poseía el vigor vital, el talento y la cultura del escritor que acaba de morir en París. Le tocó, es cierto, avecindarse en Francia cuando la guerra había desquiciado las relaciones editoriales con América, transformando hasta el concepto de la cultura y desviando el centro de gravitación espiritual hacia zonas vagas que aun no se solidifican. Pero eso no explica enteramente que un hombre activo y fecundo como Pérez Kallens, con mucho don de gentes y relaciones de cierta influencia, no encontrara un solo editor en más de veinticinco años de residencia continua en París. Todo lo que publicó en tantos años fué un tomito muy modesto de poesías escogidas de Pezoa Veliz, en que se incluye un capricho semigalante escrito en su honor, desde el lecho de un hospital, por su hermano el poeta.

Querría decir, entonces, que la producción de Leo-

nardo Pena no llegó jamás a encajar con el gusto de los demás, y que al contrario del que nace escritor social y con tal espíritu va sacando su substancia de las aspiraciones colectivas, y devolviéndoselas en voz articulada, hombres como éste se empecinan en abrirse un sendero individual y destierran de sus escritos las palabras y el acento que sirven de lenguaje común a los demás hombres.

La conclusión es, en todo caso, de una desolante amargura. América produce escritores a despecho de sus necesidades inmediatas y de los poderes que mandan. Y como no se les puede ahogar antes de que abran los ojos, como a los gatitos, se convierte a esos escritores en máquinas de alquiler, o sea en periodistas. Si no se resignan a esta labor, gracias a Dios el hombre es libre, y puede irse con su música a otra parte, si así se le antoja. Si allá se muere de hambre o de soledad, ¿qué obligación tenía la patria con el hijo ingrato?

Pero no creamos que siempre haya de ser así. Por mi parte propongo que los escritores chilenos se unan para pedir la repatriación de los restos de Francisco Contreras y Leonardo Pena, a fin de que los tengamos bien cerca, como una lección y un ejemplo. Que sus restos sean semilla en nuestra tierra, de donde fructifique una conciencia de la hermandad de los escritores frente a la indiferencia de la masa inculta de abajo y de arriba.